

LANUZA

EL DUQUE DE RIVAS

Freeditorial 

Acto primero

ESCENA PRIMERA

LARA y HEREDIA

LARA. Tornas, amigo, a esta ciudad, y tornas
a verla arder en sedicioso fuego;
aun no aparece el sol en el Oriente,
Y ya reunido y agitado el pueblo
de Zaragoza atruena los confines
con ronca furia y pavoroso estruendo.
¿Cuándo la dulce paz, cuándo la calma
volverán a Aragón?

HEREDIA. Cuando sus fueros,
cuando sus sabias sacrosantas leyes
recobren el vigor que antes tuvieron.

LARA. ¿Y le han perdido acaso, Heredia?

HEREDIA. Amigo,
¿siendo tú aragonés, puedes no verlo?
¿Qué resta a nuestra patria sin ventura.
de su antiguo esplendor? Sólo recuerdos
de grandezas pasadas y una sombra

de sus instituciones y derechos.

Con astucia y con pérfidos halagos,

y a fuerza de cautelas y de tiempo,

de nuestra libertad y nuestros usos

los déspotas minaron los cimientos.

Pero, aunque desplomándose, existían,

y jamás con el rostro descubierto

osaron combatir por derribarlos,

como ahora, Lara, atónitos lo vemos.

Las huestes numerosas que Filipo,

en Tarazona tiene, so pretexto

de invadir a la Francia desdichada,

que de guerra civil arde en el fuego,

para oprimirnos son, para robarnos

de nuestra antigua libertad los restos.

LARA. ¿Y el alboroto de la plebe airada

los puede sostener?

HEREDIA. No hay otro medio.

Cuando los magistrados corrompidos

se venden al poder y aguardan premios,

y son conspiradores los prelados,

y los pudientes degradados siervos,

y los que se titulan infanzones

al déspota feroz doblan el cuello,

entonces, Lara, entonces lo que plebe
apellida tu labio por desprecio,
incorruptible, decidida, pura,
su libertad proclama y sus derechos.
Derechos que pisados y abatidos
con la prisión de Antonio Pérez fueron.
Mas si lo toleraron los cobardes
y aplausos mereció de los perversos,
viólo Aragón con ira, alzó la frente
y despertó del prolongado sueño,
juré cobrar su libertad perdida
y reclamó sus derrocados fueros.

LARA. Con razones reclame la justicia;
mas con las armas... ¡Ah!...

HEREDIA. ¿Qué estáis diciendo?
¿Qué sirve la razón para un tirano?
¿Por ventura olvidasteis ya el respeto
y la prudencia con que el buen Lanuza,
anciano justo, de virtud modelo,
apoyado en las leyes y en el voto
de todas las ciudades de este reino,
patentes hizo al rey en un principio,
con reverentes súplicas y ruegos,
las justas quejas que a Aragón turbaban,

alterando su paz y su sosiego?
Y ¿qué logró? Decid... Nada; orgulloso
el rey Filipo, en su poder soberbio,
del justicia mayor a las demandas
con amenazas contestó y desprecios,
insultando su bárbara osadía
la gloria y majestad de todo un pueblo.
Mas temióle también. Y el fiel Lanuza
de lealtad, de tesón, de canas lleno,
rindió al injusto filo de la Parca
el denodado y generoso aliento.

Y...

LARA. ¿Qué esperanza sin Lanuza queda?

HEREDIA. Vive Aragón, aunque Lanuza es muerto.

Cual vos imaginaban los malvados,
y tal vez un mortífero veneno...

LARA. ¿Tal osáis sospechar? ¡Heredia! ¡Amigo!

HEREDIA. Cualquier maldad de los tiranos creo.

Mas ¡cuánto se engañaron, si así fuese!

El patriotismo, la virtud, el celo
del difunto Lanuza, arden más vivos
del joven hijo en el heroico seno.

En él cifra Aragón sus esperanzas;
de justicia mayor el alto empleo,

que su padre ejerció, le conferimos,
y del bien general está sediento.

LARA. Pero a su juventud e inexperiencia
y a su carácter ardoroso temo.

HEREDIA Él nos ha de salvar. Las canas frías
de la mustia vejez, el torpe hielo
que de la edad el curso perezoso
derrama tardo en los humanos pechos,
apagan el valor y la energía
y engendran timidez y abatimiento.
El peligro es urgente; no aprovechan
maduras reflexiones ni consejos;
hierro sólo y poder, hierro y constancia,
y virtudes y honor.

LARA. ¿Y tal denuedo
tendrá un joven que amor y amores sólo
supo abrigar en su fogoso pecho,
que adora a una belleza castellana,
que está albergada en su palacio mismo,
y con quien deben para siempre unirle
los deliciosos lazos de himeneo?
¡Ay Heredia!... Lanuza...

HEREDIA. Basta, amigo;
no ofendas, no, su patriotismo excelso.

El amor de la patria es compatible
con el de la beldad.

LARA. Y si resuelto
está el joven Lanuza y decidido
a alzar y sostener esos derechos,
que idolatra Aragón; si convocado
tiene a las armas y a la guerra el reino,
usando del poder que le confiere
de justicia mayor el ministerio,
¿por qué en tal conmoción de Zaragoza
arde en tumulto agitador el pueblo?
¿Qué más quiere?

HEREDIA. No sé. Yo en este instante
de convocar a las ciudades vengo
en nombre de Lanuza y de las leyes.
Y todas, a su voz y llamamiento,
juntan sus haces, sus pendones alzan
Y hacia aquí se encaminan, pues resuelto
está todo Aragón. Pero a Lanuza,
¿dónde le encontraré?

LARA. Donde el estruendo
se advierta de la plebe amotinada,
allí le encontrarás. Cuando los ecos
oyó de sedición voló animoso

a sosegar el conmovido pueblo
y la causa a inquirir... Mas él se acerca.

ESCENA II

LARA, HEREDIA y LANUZA

HEREDIA. ¡Lanuzá!

LANUZA. Amigos, espantoso riesgo
a la patria amenaza. Los traidores
maquinan sin cesar su perdimiento;
es preciso salvarla, y sólo pueden
salvarla ya el valor y el duro hierro.
O muerte o libertad.

HEREDIA. Ese es el grito
que da todo Aragón. Pero ¿qué nuevo
peligro ves? ¿Las huestes orgullosas
del rey Felipe...?

LANUZA. Heredia, yo no temo
ni al rey Felipe ni al tropel de esclavos
que el nombre de soldado envileciendo
sirven a la opresión y tiranía;
seres tan degradados los desprecio.
Sólo temo a los pérfidos traidores,
hijos espurios de Aragón, que, fieros,
se gozan en los males de la patria,
y, ocultos, ansian desgarrarle el seno.

El oro corruptor, la atroz calumnia,
el disimulo astuto y el secreto
las armas son con que nos hacen guerra,
armas no conocidas en los buenos.
Refrenar es preciso su osadía.

HEREDIA. ¿Qué atroz conjuración has descubierto,
Lanuza?

LARA. Acaba; di.

LANUZA. Cuando la noche
tendió su manto por el ancho cielo,
y los zaragozanos al reposo
se entregaban tal vez y al mudo sueño
creyendo asegurados de la patria
la santa libertad y antiguos fueros,
al ver los aparatos de defensa
decretados por mí, con gran secreto
los traidores, que siempre vigilantes
están en nuestro mal, se reunieron
allá, en la Inquisición. En ese inicuo
bárbaro tribunal, apoyo horrendo
del despotismo y la opresión; en ese
tribunal espantoso que, a pretexto
de defender la religión augusta,
como si no tuviera en nuestros pechos

un alcázar fortísimo que basta
a mantener intactos sus preceptos,
difunde el fanatismo y la ignorancia
y a España agobia con pesados hierros.
Sus infames ministros, animados
por los traidores que en su busca fueron,
decretaron quedase en esta noche
destrozado Aragón, por siempre opreso,
sembrando en Zaragoza y su contorno
discordia, muerte, horrores. Y resueltos,
de armas y partidarios prevenidos,
a favor de las sombras y el silencio,
con gran recato a la vecina cárcel
de los manifestados dirigieron
su bárbaro rencor. Rompen las puertas,
y a Antonio Pérez, con furor tremendo,
arrancan y en sigilo se lo llevan;
y tornaban después con el intento
de sorprender a todos los valientes
que el honor de la patria defendemos,
y, o cargarnos de horriblas prisiones,
o, al hallarnos inermes y en el sueño,
cebarse en nuestra sangre furibundos
y sus dagas hundir en nuestros pechos.

Y el pavor de la noche y las tinieblas
aumentan el horror. El frío suelo
se inunda en sangre. La ciudad retiembla
al ronco son de temerosos ecos.
Llega el rumor a mí, como anheloso
y al combate feroz gritando luego.
Conócenme los fieles ciudadanos,
anímanse, y desmayan los perversos,
y las armas arrojan, y, vencidos,
unos se acogen al palacio regio
do esta la Inquisición; otros, cobardes
de este recinto con presura huyeron,
y algunos que, humillados a mis plantas,
imploraban perdón, todo el secreto
de la conjura atroz me revelaron,
y los que la dirigen, y los premios
que esperaban del rey, y los horrores
que iban a cometerse, y de que el Cielo
piadoso nos salvó. Ved si hay peligro.
Muchos y poderosos y de esfuerzo
son los conspiradores; seducido
tienen gran parte del incauto pueblo.
Ya han osado mostrarse frente a frente,
y no desistirán de sus intentos.

¡Oh! Plegue a Dios librárnos de traidores,
cuyas tramas y planes encubiertos
más que de las escuadras enemigas
al bárbaro furor, amigos, temo.

LARA. Frustrado ya su arrojo en esta noche,
no osarán otra vez acometernos.

HEREDIA. Y si, altivos, lo osasen, su ruina
encontrarán, Lanuza. De los buenos
el número es mayor. Si Zaragoza
abriga tales monstruos en su seno,
todo, todo Aragón a sostenerte,
y a las leyes contigo, está resuelto.
Teruel, Albarracín, Huesca, Barbastro
y las demás ciudades de este reino
se encaminan ya aquí. De recorrerlas
y alzarlas todas, cual mandaste, llevo.
Todos siguen tu voz.

LANUZA. Valiente Heredia,
jamás dudé que a defender sus fueros,
barrera que contiene el despotismo,
todo Aragón uniera sus esfuerzos.
¡Cuánto, al verte otra vez en Zaragoza,
crecen mis esperanzas! En tu pecho
la libertad y el patriotismo arden,

y tú me ayudarás, y tú...

HEREDIA. Resuelto

a todo estoy: o libertad o muerte;
vida en la esclavitud yo no la quiero.

LANUZA. Llega a mis brazos; mientras hombres vivan
que alberguen tan honrados pensamientos
a pesar de tiranos insolentes,
ser venturosos lograrán los pueblos.
Ya los instantes urgen; ahora mismo
de esta ciudad los habitantes buenos
van en mi nombre a rescatar a Pérez,
y otra vez a la cárcel a traerlo
de los manifestados.

LARA. ¡Cuántos males
de Antonio Pérez a Aragón trajeron
los crímenes tal vez!... No sé, Lanuza,
por qué demuestras tan osado empeño
en proteger a un criminal.

LANUZA. Yo, Lara,
al tal Antonio Pérez no protejo.
Protejo sólo de Aragón las leyes,
protejo sólo de Aragón los fueros.
Si es Pérez criminal, terrible caiga

la segur de la ley sobre su cuello.
Pero sólo la ley ha de juzgarle,
no la arbitrariedad. Corre al momento,
Heredia; vuelva Pérez a la cárcel
de manifestación. Ordena el pueblo
en escuadras de guerra, armas reparte,
vigila cuidadoso a los perversos;
de las altivas tropas de Felipe
procura descubrir los movimientos.

LARA. En Epila están ya.

LANUZA. Lleguen. ¿Qué importa?

Pronto, su orgullo a nuestros pies deshecho,
conocerán la fuerza irresistible
de los que lidian por romper sus hierros.
« ¡O muerte o libertad!», el grito sea
de nuestras haces. Y el laurel eterno
adornará nuestras gloriosas frentes,
Y o dulce muerte o libertad tendremos.

HEREDIA. Gozoso marchó a obedecerte, amigo;
gozoso en combatir seré el primero.

LANUZA. Y en vencer y en triunfar.

ESCENA III

LARA y LANUZA

LARA. Calma ese arroj
de tu ardor juvenil y los consejos
de mi experiencia y de mi amor escucha,
que tal vez convendrán a ti y al pueblo.

LANUZA. A mí y al pueblo convenirnos sólo
pueden la libertad y los derechos
que, de la patria impenetrable escudo,
fundaron nuestros ínclitos abuelos
cuando en Sobrarbe, en su constancia heroica
la furia se estrelló del sarraceno.
Si exhortarme pretendes animoso
a jamás desistir de sostenerlos,
habla, pues, ya te escucho.

LARA. No, Lanuza;
sólo calmar tu agitación pretendo.
El reino de Aragón...

LANUZA. Yace oprimido,
y es preciso salvarlo y defenderlo.

LARA. ¿Y quién puede...?

LANUZA. El valor y la constancia
y el voto general de todo un pueblo.

LARA. ¿Y en el pueblo confías? ¿Tú no sabes
que, como arista a quien sacude el cierzo
acá y allá se mueve, y, variable,
lo que ahora anhela lo aborrece luego,
y que si ostenta un imprudente arrojo,
pronto su furia se convierte en miedo?

LANUZA. Sólo sé que la patria me ha encargado,
el sostener sus vacilantes fueros,
y mientras tenga encargo tan glorioso
se sostendrán o moriré con ellos.

LARA. ¿Y esperas que la próspera fortuna
coronará, Lanuza, tus esfuerzos?

LANUZA. Cuando por la razón y la justicia
y por la libertad lidiar debemos,
sé que es fuerza lidiar, y en las resultas.
o prósperas o adversas, nunca pienso.

LARA. ¡Joven acalorado!... ¡Cuántos males,
qué desastres sin fin, ¡oh Dios!, preveo!

LANUZA. Cesa, Lara; no más. Si el hielo frío
de la vejez cansada en vuestro seno
derrama vil pavor, sellad el labio;

no intentéis con pronósticos funestos
ahogar nuestro entusiasmo y bizarría.
Y advertid que el que siembra desaliento
cuando para salvar la madre patria
redoblar es preciso los esfuerzos,
da sospechas tal vez...

LARA. Lanuza, ¿acaso...?

LANUZA. De estos muros salid si os turba el miedo:
de estos muros, do reina la constancia
que admirarán los siglos venideros.

Acto II

ESCENA PRIMERA

VELASCO, LARA y dos CONJURADOS

VELASCO. ¿Y de Lanuza en la mansión pretendes
conferenciar conmigo, y...?

LARA. Sí, Velasco.
¿Qué lugar más seguro? ¿Quién pudiera,
quién, dime, recelar que en el palacio,

en la misma morada del justicia
altanero y feroz, tratando estamos
de humillar su poder y su altiveza
y de servir al rey?... Los diputados
de Aragón ha reunido hace un momento;
tal vez les estará manifestando
sus necios planes y atrevido arrojo,
que por nuestros esfuerzos serán vanos.
Nadie de mí sospecha, y el Lanuza,
joven al fin y como tal incauto,
confía en mi amistad. Yo, cuidadoso,
vigilo sin cesar todos sus pasos,
y nada hay que temer. Aunque la suerte
esta noche fatal haya frustrado
nuestra combinación, no está deshecha.
Habla, nada receles. ¿Do su campo
establece el ejército?

VELASCO. Animoso,
de Epila ayer partió, cuando los rayos
postreros daba el sol, con el anhelo
de llegar al momento concertado
de la conspiración que en esta noche
tan mal éxito tuvo; mas llegaron
los fugitivos de ella, y el prudente

don Alfonso de Vargas, informado
de que ya era imposible la sorpresa,
mandó a la hueste suspender el paso
hasta la nueva luz. Y esta mañana,
luego que el cielo esclareció, tornaron
las tropas a marchar, y pronto deben
avistar estos muros.

LARA. ¿Conque el mando
tiene ya Alfonso Vargas el valiente
de los regios pendones castellanos?

VELASCO. Desde ayer que llegó.

LARA. Ya nada temo.
Caerán Lanuza y Aragón, Velasco.
Si el animoso Vargas acaudilla
las banderas del rey, el rey triunfando
está de Zaragoza, no lo dudes.
Y a los invictos tercios veteranos,
que tantas veces de laurel y palma
su triunfadora frente coronaron,
no deberá este día la victoria,
sino a la astucia y al amor.

VELASCO. ¿Acaso
doña Elvira, de acuerdo con su padre,
osará acometer...?

LARA. No espero tanto;
mas ella, sin saber la oculta trama,
y a su pesar, tal vez, ha de ayudarnos.
El corazón domina de su amante.
es hija del caudillo castellano
y adora al padre...; pero dime, amigo:
¿Vargas intenta...?

VELASCO. Con ligero paso,
en pos de mí, se acerca a Zaragoza
el maestre Bobadilla, con encargo
de pedir un seguro para Vargas,
que está resuelto a entrar.

LARA. Le será dado.
Yo se lo ofrezco, sí.

VELASCO. De vos le espera,
y estos pliegos me dio para entregaros.

LARA. Serán de nuestro rey.

VELASCO. Tomad.

(Le entrega dos pliegos cerrados.)

LARA. Conviene,
amigo, en el momento examinarlos.

(Abre un pliego, en que vendrá otro cerrado. Lee atentamente, y luego dice:)

La generosidad del rey Felipe

está nuestra ambición sobrepujando.

Tal es el alto premio que nos guarda

si de Aragón el reino le entregamos.

De Vargas, el prudente, el animoso,

es este otro papel.

(Lo abre. En él vendrá también otro cerrado. Lee, y luego dice:)

Determinado

está a hablar con Lanuza en estos muros

antes de acometerlos. No perdamos

el tiempo, amigos. Vuela,

(A Velasco, entregándole el primer pliego.)

y este pliego

entrega sin tardanza y con recato

en manos del virrey, y allí te queda

hasta que me presente en su palacio.

que muy luego será. Dile que al punto

convoque al arzobispo, a los prelados

y a magnates y a jueces. Tú, Calero,

(A un conjurado, dándole el segundo pliego.)

sin detenerte y en veloz caballo,

corre hacia Albarracín, y al fiel Azagra

éste le entregarás. Y tú, Gonzalo,

(Al otro conjurado.)

A Terüel dirige tu camino,

y al que su hueste venga comandando
de mi parte dirás que retroceda.

Marchad al punto, amigos; noble y alto
galardón os aguarda; id al momento,
y presteza y sigilo sólo encargo.

Lanuza viene ya, que no te vea.

(A Velasco.)

Yo prontamente seguiré tus pasos.

ESCENA II

LARA y LANUZA

Atraviesan el teatro doce diputados de Aragón, sin detenerse en la escena, y con ellos sale
LANUZA

LARA. Impaciente esperaba tu presencia,

 valeroso Lanuza, aunque alterado

 juzgaste mi prudencia cobardía,

 mi acendrada lealtad amancillando.

 Mas porque adviertas que mi noble pecho

 rencor no alberga de tu injusto agravio,

 y que con ligereza me injuriaste

 cuando a la patria, como tú, idolatro,

 sabe que en su servicio noche y día

 vigilo sin cesar; que me es tan caro

 como a ti el nombre de Aragón, Lanuza.

 Y he podido indagar ha poco rato,

por medio de mis fieles servidores,
del ejército altivo castellano
noticias y secretos importantes.
En movimiento está; cuando los rayos
de la luna esta noche aparecieron
de Epila alzó con gran sigilo el campo,
y a Zaragoza intrépido camina,
y ufano llega...

LANUZA. Aunque se acerque ufano
de Filipo el ejército, no importa:
compuesto, Lara, está sólo de esclavos,
y temblarán al ver estas murallas
defendidas por hombres. A esperarlos
se halla resuelta Zaragoza. Hoy mismo
deben llegar las huestes que aguardamos
de todas las ciudades de este reino,
decididas...

LARA. ¿Y sabes quién mandando
viene del rey Filipo las legiones?

LANUZA. El maestre Bobadilla.

LARA. Qué engañado,
Lanuza, estás! El maestre Bobadilla
de general desempeñaba el cargo;

mas otro personaje en esta noche
de la Corte ha venido a revelarlo.

LANUZA. Siempre será algún vil, ministro infame
del bárbaro rencor de los tiranos;
algún cruel, vendido a la ignominia.

LARA. ¡Ah! No le insultes con ligero labio...
Cuando escuches su nombre...

LANUZA. Por ventura...
¿El rey...? Dime...

LARA. Ni sólo imaginarlo
pudieras. No es el rey.

LANUZA. Pues ¿quién...?

LARA. Tu brío
va a desmayar.

LANUZA. Jamás.

LARA. En escuchando
quién es el general.

LANUZA. ¿Quién es? Acaba.

LARA. Don Alfonso de Vargas.

LANUZA. ¡Cielo santo!
¡Vargas! ¡Vargas!

LARA. Sí. Vargas. El caudillo
que tantas glorias y trofeos tantos
ha dado a la nación. El que animoso

domó al morisco agitador del Darro

y humilló de la Flandes orgullosa

las rebeldes legiones, el que...

LANUZA.

¿Acaso

piensas que al escuchar de Alonso Vargas

el claro nombre recordé sus lauros

y sus hazañas, y temí su brío,

y que de miedo y confusión me pasmo?

Son afectos más nobles los que agitan

mi ilustre corazón al escucharlo.

¡Vargas, Vargas! ¡Qué horror! ¡Vargas vendido

a los viles caprichos de un tirano!

¿Vargas será opresor? ¿Vargas la sangre

de un pueblo libre...? ¡Oh Dios! ¡Qué emponzoñado

puñal clavaste, amigo, en mis entrañas

con nueva tan atroz!... El dulce lazo

de la santa amistad unió a mi padre

con Alfonso de Vargas, A su lado

pasé yo mi niñez... ¡Oh, cuál me amaba!

¡Cuánto le amé desde mis tiernos años!

En su casa, mi pecho sin ventura

por la primera vez el dulce halago...

Elvira...

LARA.

¿Qué recuerdos! ¡Ah!... Lanuza,

conozco tu dolor, pues sé los lazos
que te estrechan con Vargas; sé que vive
su hija, la hermosa Elvira, en tu palacio,
entregada a tu madre. Sé que pronto
va a coronar tu amor el nudo santo
del himeneo... ¿Y combatir pudieras
con el padre?...

LANUZA. ¿Lo dudas? ¿Y tu labio
se atreve a preguntar a mi desnudo
si podré combatir?... ¡Ah! Con dudarlo
me ofendes... Patria, sí, juré en tus aras
defenderte y vengarte. A ti consagro,
a ti mi corazón. Librarte sólo
anhelo y nada más... Si imaginaron
los déspotas alevos seducirme;
si mi constancia derrocar, tentando
los resortes ocultos de mi pecho,
no lo conseguirán, no. Los tiranos,
¡qué astutos, Lara, son!... Mas dime: ¿es cierto?
¿Manda del rey Filipo los soldados
don Alfonso de Vargas?

LARA. No lo dudes.

LANUZA. ¿Y pudo Vargas el horrible encargo
de combatir con la virtud de un pueblo

sin rubor aceptar? ¿Puede ser grato
a su pecho valiente y generoso
lidiar para oprimir? ¿Su heroica mano
el látigo afrentoso, y no el acero,
podrá empuñar, y agostará sus lauros
con tan torpe baldón? ¡Ah! ¿Por ventura
no cuenta el rey Felipe cortesanos
sin honra, sin virtud, que sus decretos
de exterminio y horror ejecutando
no tengan qué perder, y elige a Vargas?

LARA. De escuchar tu extrañeza no me pasmo.
Eres joven, Lanuza; aún no conoces
cuál la ambición trastorna el pecho humano.
Del mismo rey con afanoso ruego
pienso que Vargas pretendió este cargo
esperando triunfar en Zaragoza
y de nuevos laureles coronado
a la Corte tornar.

LANUZA. Pues pronto, amigo,
si piensa así, verá su desengaño;
y yo el primero la robusta lanza
fulminaré con vengativo brazo
contra su aleve pecho, do creía
que las virtudes y el honor moraron.

Si domó al moro vil, si holló inclemente
de Batavia infelice los pantanos,
tal vez aquí no triunfará... Mas, ¡cielos!,
su hija hacia este lugar dirige el paso.
Nada, amigo, le digas... ¡Cruda suerte!

LARA. Déjote, pues, con ella solo, y parto
a activar la defensa de estos muros
y a inquirir otras nuevas.

LANUZA. ¡Cielo santo!

ESCENA III

LANUZA y ELVIRA

ELVIRA. ¡Lanuz! ¡Oh mi Lanuz! ¡Al fin te encuentro!
¡Qué continuo afanar, qué sobresaltos
mi congojado pecho han combatido
desde que el sol en el remoto ocaso
escondió ayer su postrimera lumbre!
¡Qué noche tan terrible! ¡Ay de mí! En vano
procuré que el tranquilo y dulce sueño
calmara mi pensar y mis cuidados.
El confuso alarido, el eco sordo
del agitado pueblo resonando
sin cesar en mi mente congojosa,
ahuyentaban el plácido descanso
de mi angustiado corazón... ¡Lanuz!...

Cuánto peligro imaginé temblando!

LANUZA ¡Elvira!

ELVIRA. ¡Oh Dios! Lanuza, ¿mis lamentos
te importunan tal vez? Arrebatado
del torrente fatal e impetuoso
de la revolución, que está agitando
esta alterada capital, desdeñas
mis caricias, mi amor y mis halagos;
objeto más grandioso ocupa y llena
tu corazón, y olvidas...

LANUZA. ¡Ah! Tu labio
me culpa injustamente. En tu cariño
jamás ardí como al presente ardo.
Jamás. Yo te lo juro... Si la patria
me llamó a sostener con fuerte brazo
su libertad caduca y vacilante,
no me vedó el amarte, y los tiranos,
tal vez...

ELVIRA. ¡Lanuza! ¡Ay Dios!

LANUZA. Ellos, Elvira,
te arrancarán de mis amantes brazos.

ELVIRA. ¿Qué pronuncias..., qué temas? ¡Ah!...

LANUZA. Dichoso
y mil veces dichoso aquel pasado

tiempo en que, oscuro yo, joven sin fama,
pacífico y tranquilo ciudadano,
pasé en tu hogar los apacibles días
que para no volver, ¡oh Dios!, volaron.

ELVIRA. ¡De cuán funesto agüero mi presencia
para ti y tu ciudad se ha declarado!
Muere mi madre, y vengo a estas murallas
de la tuya a buscar el dulce lado,
y a coronar nuestra pasión constante
del Dios eterno en los altares sacros,
y a estrechar más y más con este nudo
de la santa amistad los firmes lazos
que a nuestras dos familias siempre unieron;
y al instante Aragón, la frente alzando,
se agita y arde, y la feroz discordia
reina doquier. Tu padre, de los años
al grave peso, del sepulcro frío
baja a buscar el eternal descanso;
y le sucedes tú, y un pueblo entero
por caudillo te aclama, y a tu cargo
pone su suerte, y mírote de pronto,
de cariñoso amante, transformado
en guerrero feroz, que gloria y fama
y victorias anhela y triunfo y lauros.

Y en hondo olvido de la triste Elvira
abandona el amor, alarga el plazo
de la unión suspirada, huye su vista,
y olvida la ternura y el contrato
de los amigos padres, y del mío
el cariño, el afán...

LANUZA. Cesa; tu labio
me hiere el alma... ¡Elvira, Elvira!

ELVIRA. ¡Oh cielos!
Te comprendo, Lanuza; acaso, acaso,
del pueblo aragonés caudillo excelso,
tu mente ocupan pensamientos altos.
Por ventura...

LANUZA. ¡Cruel! Basta; no agraves
las penas que me están atormentando.
¡patria, cuánto me cuestas! En tus aras
el sacrificio de mis dichas hago.
¡Suerte tremenda!... Sí, la tiranía
va, Elvira, para siempre a separarnos...
Mas no será, si decisión encuentro
en tu ardoroso pecho... Ven, tus pasos
dirige, ¡oh dulce bien!, en este instante
conmigo a la capilla del palacio.
De un ministro de Dios en la presencia,

sin pompa, sin inútil aparato,
ahora mismo, mi Elvira, celebremos
el enlace dichoso que anhelamos;
y, tranquilo y feliz, desde las aras
volaré a defender los fueros santos
de mi patria adorada, y nuevo aliento
dará el amor a mi robusto brazo.
Vamos, Elvira, pues. Siendo tú mía,
¿qué tengo que temer de los tiranos?
Nada. Sígueme, ven.

ELVIRA. ¡Ah mi Lanuza!
¡Tal precipitación...! ¿Qué sobresalto
pintado miro en tu confusa frente?...
¡Me hieló de temor!... Cuando un asalto
amenaza a estos muros y a torrentes
la sangre va a correr... En tan aciago
momento..., tú, sin que tu anciana madre,
y yo, sin que mi padre idolatrado...

LANUZA. ¡Oh! ¿Qué dices, Elvira, qué pronuncias?...
¡Infelice de mí!

ELVIRA. De horror me pasmo.

LANUZA. ¡Ay!... Yo la adoro, y el feroz Destino
va a robar a mi amor todo su encanto!

ESCENA IV

LANUZA, ELVIRA y HEREDIA

HEREDIA. Dejád, señor, cuidados amorosos
y a los muros volad, que ya llegaron
los momentos de gloria y de venganza
que, ansiosos, los valientes esperamos.
Del opresor Filipo las legiones
cubren ya en torno los vecinos campos
que el Ebro con sus ondas fecundiza.
Ondean los pendones castellanos
agitados del viento. El sol relumbra
en las lorigas y bruñidos cascos;
los relinchos, las trompas y atambores
ensordecen el aire. El cielo vago
de ardiente polvo empaña densa nube,
y los tercios y escuadras, ocupando
las cercanas colinas, amenazan
muerte y desolación. Mas los bizarros
hijos de Zaragoza, con desprecio
ven su orgullo feroz y sanguinario.
y disponiendo tiros fulminantes

las almenas, valientes, coronaron,
y ocupan los robustos torreones,
y lidiar y vencer sólo anhelando,
de muerte o libertad el noble grito
resuena por doquier. Lanuza, vamos.

LANUZA. Vamos, amigo: aprendan hoy los pueblos
a defender sus fueros sacrosantos.

ELVIRA. ¡Lanuza! ¡Oh Dios!...

HEREDIA. ¡Señora!

LANUZA. Pronto, Elvira,
con la victoria tornaré a tus brazos.

ELVIRA. Tu vida el Cielo salve...

LANUZA. Y a mi patria.
o muera yo si triunfan los tiranos.

ESCENA V

LANUZA, HEREDIA y LARA

LARA. Esperad, esperad; aun el momento
de combatir, Lanuza, no ha llegado.
Aunque los tercios de Castilla ocupan
de Zaragoza los vecinos campos,
en cuanto vieron nuestros altos muros,
ora al notar el bélico aparato
y la actitud valiente y decidida
del noble pueblo aragonés, o acaso

por no ser su intención el combatirnos.
su marcha suspendieron. Yo, observando
desde una torre estaba, cuando advierto
que hacia estos muros con ligero paso
un personaje, que en las altas plumas
y en la armadura y andaluz caballo
mostraba ser de cuenta, se acercaba
una bandera blanca tremolando.
Desciendo al punto por aquella parte,
con una escolta del rastrillo salgo,
me acerco, y reconozco a Bobadilla.
Quiso ceñir mi cuello con sus brazos;
pero yo lo rehusé. De su venida
le pregunto el objeto, y, extrañando
mi desdén, dijo que tan sólo viene
de parte del caudillo castellano,
que entrar en la ciudad y hablar contigo
quiere, a pedir seguro. Y aguardando
tu respuesta quedó.

HEREDIA. No haya seguro,
ni tregua, ni escuchemos de tiranos
proposición alguna. Guerra y muerte
y venganza, y no más.

LARA. Tu celo aplaudo,

generoso infanzón; de Alonso Vargas,
como a ti, las propuestas me indignaron
en el primer momento, y, decidido,
díjeme a Bobadilla: «Hacia tu campo
vuelve, pues el entrar en Zaragoza
es de tu general intento vano.»
Mas él me contestó: «Modera, amigo,
ese noble valor y ese entusiasmo,
tal vez perjudicial; y te conjuro
por tu patria y honor a que embarazo
no opongas a la entrada en estos muros
del generoso Vargas, si es que salvo
quieres ver a Aragón, sin que padezcan
sus sacrosantas leyes menoscabo,
y evitar mil horrores, mil desastres
y guerra entre españoles, entre hermanos.»
Esto me dijo; y yo sobre mis hombros
de la repulsa el responsable cargo
no me atreví a tomar; y a ti, Lanuza,
me pareció debido noticiarlo.
A ti te cumple resolver.

LANUZA.

Amigo.
tu determinación prudente alabo.
Y si evitar se pueden los horrores

de la guerra civil, y si logramos
salvar las leyes de Aragón sin sangre,
entre, pues, el caudillo castellano.

Doy el seguro...

HEREDIA. Insisto en oponerme.

Guerra, guerra, y no más.

LANUZA. Guardar intacto

de nuestras libertades el tesoro

nuestro afán debe ser. Si conservarlo

no se puede sin guerra y sangre y muerte,

de guerra y sangre y muerte echemos mano.

Mas antes al broquel que de la espada

echómosla esta vez, y concedamos...

HEREDIA. Sólo lidiar...

LARA. Permíteme repita,

¡oh noble Heredia!, que tu celo aplaudo.

Conoce, empero, que causar pudiera

a España la repulsa graves daños.

¿Qué sabemos si el pobre Alonso Vargas

el nombre de Padilla recordando,

seguir pretende sus gloriosas huellas,

y en vez de combatirnos a ayudarnos

viene, y a que Aragón se una a Castilla,

causa común de libertad formando?

Y si tal heroísmo y fortaleza
no le es dado abrigar, ¿no puede acaso
temer el embestirnos, y, cobarde,
partidos ventajosos presentarnos,
que de Aragón la libertad afirmen,
y que fuera imprudente no escucharlos?
Mas doy que ni seguir nuestras banderas
quiere, ni hacernos ventajosos pactos,
sino que sólo diferir procura
el momento dudoso del asalto.

Considerad, considerad os ruego
lo que puede importar el dilatarlo.
Cortas las fuerzas son, aunque valientes
que a Zaragoza guardan; de Barbastro,
de Albarracín, de Terüel, de Huesca,
las decididas huestes no llegaron.
Con ellas es seguro nuestro triunfo;
sin ellas... Mas, amigos, no perdamos
el tiempo inútilmente: la justicia,
la razón, la prudencia, aconsejando
están dar el seguro.

HEREDIA. Siempre temo
ocultas tramas, encubierto engaño.

LANUZA. Graves de Lara son las reflexiones.

que en vez de gobernar oprime a España,
jurar supimos contrastar su furia
y sostener las leyes adoradas
con que nuestros mayores nos dejaron
libertad y poder, honor y fama,
y jamás a afrentoso infame yugo
tender el cuello y amoldar el alma,
llegado es ya el momento venturoso
de que en obras se tornen las palabras,
por nuestra decisión mirando el mundo
las glorias de este reino aseguradas.
Hoy el Cielo tal vez, ¡oh aragoneses!,
benigno protector de nuestra causa,
hoy quiera coronar nuestra justicia,
sin que en sangre tiñamos las espadas.
Esas huestes altivas que nos cercan,
y que a guerra feroz nos provocaban,
parece que al mirar estos adarves
que el patriotismo y las virtudes guardan,
nuestro desnudo admiran y respetan,
temen lidiar y su valor desmaya.
Para hacemos propuestas importantes
pidió su general Alfonso Vargas
un seguro; seguro a que un momento

dudé acceder; mas luego la esperanza
de evitar una guerra asoladora,
si nuestro honor y libertades patrias
nos es posible conservar sin ella,
me movió, al fin, a permitir su entrada,
y aquí va a aparecer. Representantes,
escuchémosle, pues, y con la calma
digna de un pueblo libre que defiende
fueros sagrados, leyes sacrosantas.
Si propone dejar esta riqueza
que tanto idolatramos pura, intacta,
y retirar al punto sus pendones
del territorio aragonés, renazca
la dulce paz, conclúyase la guerra,
vuelva Filipo a ser nuestro monarca,
y no haya más discordia entre españoles,
pues justicia queremos, no venganza.
Mas si intentare, acaso, seducirnos,
o astuto derrocar nuestra constancia,
o ministro de un déspota insolente
insultarnos osare su arrogancia,
proponiendo la afrenta y el oprobio
como medio de paz, al punto salga,
mas respetado y sin ofensa alguna,

del recinto sagrado de esta plaza,
y reciba en el campo, en noble guerra,
el galardón de su imprudente audacia.
Póngase al frente de sus bravos tercios
que el morado pendón viles infaman,
y que olvidan, sedientos de exterminio,
los duros hierros que a Castilla enlazan,
y con ellos osado y ciego embista
de Zaragoza fosos y murallas;
su arrojo en ellas mirará estrellarse,
cual en escollos de la mar la saña.
Y si la suerte se nos muestra esquiva,
y el iracundo Cielo nos contrasta,
muramos con honor, muramos libres,
húndase Zaragoza en las entrañas
de la espantosa tierra, libre, empero,
antes que exista sin honor y esclava.
Si lo manda el Destino, perezcamos;
mas encendiendo vengadoras llamas,
que consuman a opresos y opresores
y hagan gloriosa, eterna, nuestra fama.
Sagunto así por sostener un pacto,
por defender su libertad Numancia,
son hoy escombros, de invasores miedo;

son hoy cenizas y blasón de España.
Mas no temamos que de Dios el brazo
así abandone nuestra justa causa;
antes ufanos esperar debemos
victoria, triunfo, inmarcesibles palmas.
Lara, conduce a este lugar al punto
al jefe de las huestes castellanas.

ESCENA II

Los mismos; LARA y VARGAS

Al entrar dará muestras de turbación y sorpresa

LANUZA. ¿Qué os turba, castellano, la presencia
de un pueblo libre que sus leyes santas
jurado ha sostener? Habla; y al reino
aragonés instruyan tus palabras
de tu intento, a pedir entrar seguro
suspendiendo la furia de las armas.

VARGAS. No este aparato imponente me turba,
aunque el mirarme en medio de él me pasma.
Yo he pedido una tregua y un seguro
para hablar con Lanuza, y esperaba
hallarle a solas, verle do mis brazos,
mi cariño y mi amor le recordaran
donde pudiera...

LANUZA. Basta; en este día
ni Lanuza soy yo, ni tú eres Vargas.
Tú eres el adalid de un rey tirano
que intenta esclavizar mi cara patria.
Yo, el caudillo de un pueblo generoso
que ama sus leyes y juró salvarlas.
Hoy nada tienes que tratar conmigo;
el reino de Aragón es con quien tratas,

VARGAS. El reino de Aragón, modelo siempre
de lealtad, de prudencia y de constancia
El reino de Aragón, que hasta Bizancio
los pendones llevó de sus monarcas,
rebelde ahora...

LANUZA. Tan odioso nombre
al reino de Aragón jamás le cuadra;
sólo rebeldes son los orgullosos
que en contra de las leyes se declaran.

VARGAS. ¿Quién osa contra el rey...?

LANUZA. Ahora no tiene
rey Aragón.

VARGAS. Felipe.

LANUZA. Sólo mandan
los reyes por la fuerza irresistible
de la ley que juraron, si la guardan.

Mas al momento que la infringen pierden
los derechos al solio, y lo profanan.

VARGAS. Felipe, padre de la España toda
piadoso escuchará vuestras demandas;
y el remedio...

HEREDIA. ¡Piedad!... Con, los esclavos,
no con un pueblo libre debe usarla;
no una infame piedad, justicia sólo
es lo que el reino de Aragón reclama.

VARGAS. ¿Y puede reclamarse la justicia
al horrísono estruendo de las armas...?

HEREDIA. Son el único apoyo de los pueblos
cuando el vil despotismo los ultraja.

VARGAS. Orden, moderación, son las divisas
de aquellos que defienden justas causas,
Son el apoyo firme de los buenos.

HEREDIA. ¡Orden! ¡Moderación! ¡Vanas palabras
con que los degradados, los cobardes,
su necedad y su pavor disfrazan!

LANUZA. ¡Orden! ¡Moderación! ¡Prendas divinas
que los astutos déspotas profanan!
Orden a la quietud de los sepulcros
y a la degradación de siervos llaman.
Moderación al sufrimiento indigno

con que el esclavo a su señor acata.

Dejad reconvenciones, castellano,

que no es dado a Aragón el tolerarlas.

Proponed, y no más.

VARGAS.

Zaragozanos,

escuchad., pues, con reflexión y pausa,

propias de generosos infanzones

que sólo el bien anhelan de su patria,

las propuestas de un rey, de un rey benigno

que perdona extravíos si dimanar

de valor y virtud; que olvida ofensas,

y sólo quiere ver felice a España.

Si vuestras leyes menoscabo sufren,

magnánimo os ofrece restaurarlas.

Como padre los brazos os presenta;

en ellos de Aragón la paz renazca,

Cese la agitación que hoy lo destroza;

las huestes deshaced, dejad las armas.

Y vuestros fueros os serán guardados,

las antiguas costumbres respetadas,

de justicia mayor el ministerio

tendrá la autoridad que la ley manda,

y ser rey de Aragón libre y glorioso

será el timbre primero del monarca.

En él su dicha y sus desvelos cifra;
así os lo ofrece su real palabra,
así os lo ofrezco yo. Mas prenda sea
de reconciliación, que al punto abra
Zaragoza sus puertas a las tropas
del rey, y que al momento a mí entregada
de Pérez quede la persona infame,
promovedor tal vez de estas desgracias.
Torne el virrey, los magistrados tornen
la ciudad a regir; no habrá venganzas,
no castigos; olvido solamente,
generoso perdón...

LOS DIPUTADOS

¡Perdón!... ¡Oh infamia!

Y EL PUEBLO.

HEREDIA.

Nosotros nunca fuimos delincuentes.

PUEBLO.

O muerte o libertad.

LANUZA.

¡Oh voces santas,

dignas de aragoneses, de hombres dignas

que en su espléndido honor no sufren mancha!

Libres seréis; en vuestros pechos arde

del patriotismo y del honor la llama;

dignos sois de ser libres, seréis libres,

que el Cielo vengador el triunfo os guarda.

y tú, audaz castellano; tú, caudillo

de las huestes de un rey, ¿con qué arrogancia
osas proposiciones tan infames
hacer a un pueblo decidido? Marcha,
torna a tu campo, ordena tus valientes,
para el combate anima tus escuadras,
y vengan a la lid esos guerreros
que las cadenas sin rubor arrastran.
¿Nuestro valor, nuestro denuedo humillas
y de Felipe la clemencia ensalzas,
y cariño y bondades sólo ofreces,
y gloria y paz y libertad proclamas?
¡Triste del pueblo que en halagos fía
y en ofertas capciosas de un monarca,
que lo que hacer le ordena la justicia
lo ofrece altivo cual si fuera gracia!
Mil bienes nos presentas cauteloso;
mas ¿qué prendas nos das de tus palabras?
¿Que tus tercios al punto recibamos
dentro de Zaragoza?... ¿Que las armas
dejemos de las manos?... ¿Que entreguemos
de Pérez la persona a la venganza
del irritado rey? ¿Y así, empezando
por infringir la ley el restaurarla
nos ofrece?... ¡Oh baldón! Sal de estos muros,

donde obcecado yo te di la entrada;
que buenos todos son, los buenos piensan,
y yo pensé que bueno fuera Vargas.
Perdonad este error a mi deseo,
pueblo zaragozano; imaginaba
que el fuego del honor que ardió en Padilla
hoy ardiera en las tropas castellanas,
y que, siguiendo nuestro ejemplo heroico,
el yugo vil que en Villalar le impuso
de Carlos triunfador la adusta saña,
y que para tan noble y digna empresa
iban a proponernos alianza;
que a sospechar que en el cautivo pecho
de este adalid no cabe empresa tanta,
y que sólo su afán era insultarnos,
no fuera Zaragoza profanada
jamás con su presencia.

VARGAS.

Piedad sólo
me estimuló a venir a estas murallas,
donde insensible a ultrajes y a caricias
opongo a vuestra furia noble calma.
Mas escuchadme por la vez postrera:
vosotros provocáis vuestras desgracias;
jamás me mire de ellas responsable,

ni vuestra sangre sobre mí recaiga;
que cuando rotos vuestros altos muros
y en tierra hundidas vuestras torres altas,
en Zaragoza entraren de exterminio
y confusión y horror acompañadas
mis vencedoras huestes, y estas calles,
pórticos y jardines y anchas plazas
de sangre y de cadáveres se cubran,
y se hundan vuestros techos, y las llamas
consuman los alcázares soberbios,
los templos santos, las humildes casas,
y párvulos y ancianos y mujeres
pasados por el filo de la espada,
todo sea mortandad, llanto, ruina,
os arrepentiréis de vuestra infausta
decisión, implorando vanamente
mi piedad, la clemencia del monarca
que ciegos insultáis.

LANUZA.

Cesa, guerrero;
de Aragón-no conoces la constancia;
si el Cielo ha decretado su ruina,
como salve su honor, no le acobarda.
Retírate a tu campo.

VARGAS.

Antes permite

que el reino de Aragón pida dos gracias,
que si de generoso y de valiente
tanto blasona, no podrá negarlas.

HEREDIA.

Escuchémosle, pues.

VARGAS.

Es la primera
que la tregua prosiga hasta mañana
al asomar el sol. No, aragoneses,
juzguéis que es por temor de la batalla,
ni porque espero reforzar mis tropas;
solamente me mueve a dilatarla
el amor que me inspira vuestro aliento
y el conocer que, acaso, es vuestra causa
justa en el fondo, y con horror los males
ver que a vuestra ciudad, ¡ay!, amenazan.
Hoy debe de tornar un mensajero
que reverente dirigí al monarca,
y que puede traer un resultado
venturoso a Aragón, sin que las armas
y los desastres de ominosa guerra
hagan temblar a la afligida España.
Retárdese la lid, sí, yo os lo ruego,
yo os lo demando en nombre de la patria.

HEREDIA.

Volemos al combate, no más tregua,
no haya más dilación.

PUEBLO. ¡Guerra y venganza!

LANUZA. Cual vosotros la lid ansioso anhelo,
y en contra de los déspotas la espada
fulminante esgrimir. Mas, ciudadanos,
aunque contemplo inútil la tardanza,
y sé que los tiranos no transigen
con los pueblos jamás, séale acordada
la suspensión que pide, y sepa el mundo
que la española sangre nos es cara,
que sólo combatimos provocados
de una injusta agresión. Hasta mañana
se prolongue la tregua. Aragoneses,
así obra un pueblo justo.

VARGAS. La otra gracia
es que en mí contempléis a un padre tierno,
que una hija tiene dentro de esta plaza;
permitidme el consuelo, aragoneses,
de verla un solo instante y de abrazarla.

DIPUTADOS. Justa es su petición.

HEREDIA. Justa; y al punto
se le debe acordar. Pero que salga
luego de Zaragoza.

LANUZA. Castellano,
a tu hija abrazarás; luego a la estancia

(A Lara.)

condúcele de Elvira, y al momento
fuera de Zaragoza y sus murallas.
Y nosotros, valientes defensores
del heroico Aragón, cuya constancia
será ejemplo en el mundo eternamente,
preparémonos, pues, a la batalla,
que paces esperar del despotismo
es un vano delirio. Nuestra causa
es tan grande y tan justa, que respeto
infunde aun a los mismos que la atacan.
La generosidad y la prudencia
la santifican más, y más la ensalzan,
y con nuevo valor, con mayor brío
y con mayor justicia nuestras armas
sabrán asegurarla para siempre,
pues cuando el nuevo sol sus luces claras
tienda por estos campos, la victoria
coronará las leyes de la patria.

ESCENA III

VARGAS, LARA y VELASCO

LARA Su altivez y su arrojo, ¿no te irritan?

VARGAS. Su noble decisión mi pecho encanta,
y por salvarle...

LARA. Es vano cuanto intentes.
ni ya piedad merece su arrogancia.
A nuestro rey, amigo, obedezcamos,
y sobre estos rebeldes luego caiga
el peso de su cólera. Dispuesto
todo está; nada temas. Ahora abraza
a tu inocente Elvira, y sin demora
parte a poner en orden...

VARGAS. Tente..., aguarda...
Verme a solas anhelo con Lanuza.
El lo quiere evitar... Si tú...

LARA. Me pasma
tu flaqueza; no esperes que ese joven
se rinda a la razón.

VARGAS. Si tú encontraras
medio de que le viese... Acaso...

LARA (*Suspense.*) Espera;
que contigo se aviste en esta estancia
nos es muy conveniente... Ya sé el modo
de obligarle a venir. Velasco, marcha,
afán y gran secreto aparentando,
en busca de Lanuza, y dile: «Vargas
de sacar a su hija de estos muros
sin tu noticia en este instante trata.»

VELASCO. Os comprendo... Seréis obedecido,
y aquí vendrá Lanuza sin tardanza.

LARA. Cuando tú adviertas que hacia aquí sus pasos
cuidadoso dirige, de él te apartas,
con el virrey te avistas y de mi parte
le encargarás que al arrabal se vaya.
Mas antes dile a Elvira, sin que sepa
qué su padre está aquí, que al punto salga.

ESCENA IV

VARGAS y LARA

VARGAS. Tu intento no descubro...

LARA. Pronto, amigo,
vas a ver a Lanuza. De las gracias
de tu inocente hija y de sus ruegos
válete, y puede ser que su arrogancia
vacile y que le venzas. ¡Logra tanto
con un joven el lloro de su dama!
Tú insistes en que pretendes de estos muros,
para que a ellos jamás vuelva, sacarla.
Mas nunca te la lleves, nunca, amigo;
tenerla en Zaragoza es de importancia.
Segura está; Lanuza... Mas ya viene
tu Elvira. En breve torno, y nada, nada
te asuste... Mi prudencia me sugiere

una trama feliz.

ESCENA V

VARGAS Y ELVIRA

Sale con Velasco que al punto se va detrás de Lara

VARGAS. ¡Hija adorada!

ELVIRA. *(Arrojándose en los brazos de Vargas con gran ternura.)*

¡Padre! ¡Padre!... ¡Gran Dios! Mi padre. ¿Es cierto?

¿Cómo dentro, señor, de estas murallas?

VARGAS. Mi suerte inexorable, amada Elvira,
me trae a combatirlos, a arruinarlos,
por el ciego ardimiento de tu amante,
insensible a mi amor y a mis plegarias.

ELVIRA. Qué, ¿le habéis visto ya? ¿Ya en vuestros brazos?

VARGAS. Sí; le vi, por mi mal.

ELVIRA. ¡Dios!... ¡Qué palabras!
¡Me hielan de terror!... ¡Oh padre mío!
Estando vos en Zaragoza, nada,
nada me asusta, ni asustarme debe.
Mi Lanuza os respeta, me idolatra.
¡Oh, qué dulces caricias y desvelos,
qué ternura y afán su madre anciana
sin cesar me prodiga!

VARGAS. ¡Ay inocente!

Soy jefe de las huestes castellanas

que a Zaragoza sitian. De mi airado

rey me encuentro ministro de venganzas.

ELVIRA. (*Con extremada agitación.*)

Lanuza... Mas él llega...

VARGAS. Hija querida,

une tu tierno llanto a mis plegarias;

roguémosle...

ESCENA VI

VARGAS, ELVIRA y LANUZA

LANUZA. ¿Quién es, quién el aleve

que osa el dulce tesoro de mi alma

robarme sin piedad?

VARGAS. (*Enternecido*) ¡Hijo!... ¡Lanuza!

LANUZA. Al momento salid de estas murallas,

orgullosos adalides del despotismo.

VARGAS. ¡Ah! No ultrajes mi amor... Mira a tu amada...

Ve su pálida faz...

LANUZA. Tiembla, insensato,

y no esperes triunfar de mi constancia.

¡Elvira! ¡Elvira mía! Yo te adoro...

ELVIRA. ¡Lanuza!... ¡Oh Dios! Tu aspecto me acobarda.

¿Y no conoces a mi amante padre...?

¿Al amigo del tuyo...?

LANUZA.

Elvira, calla;

sí, calla, por piedad. Ese guerrero

no es el noble, el ilustre Alfonso Vargas.

Mas dime: ¿me abandonas? ¿Tú consientes

en salir para siempre de este alcázar?

ELVIRA.

(Temblando.)

¡Yo!...

VARGAS.

Elvira al punto se vendrá conmigo;

a seguir a su padre está obligada.

ELVIRA.

¡Señor! ¡Oh padre mío!

LANUZA.

¡Monstruo horrendo!

No lo consentiré, no.

VARGAS.

Ya degradan

mi carácter excelso y mis laureles

tanto insulto y tan necia tolerancia.

Sí, soy su padre; de la atroz ruina

de esta infeliz ciudad, que por tu audacia

va pronto a no existir, salvarla quiero.

Sígueme, Elvira; ven.

ELVIRA.

¡Desventurada!

¡Qué horror! ¡Padre! ¡Lanuza!

LANUZA.

¿Y me abandonas?

ELVIRA.

¡Lanuza..., ¡oh Dios! mi padre me lo manda!

LANUZA. ¿Y yo te he de perder?

VARGAS. Y para siempre.

ELVIRA. Si con verdad me adoras...

VARGAS. Conservarla
está en tu mano.

LANUZA. ¡Oh seducción horrible!

Perdona mi dolor, soy hombre, ¡oh patria!

Mas no la robarán. Cruel verdugo,

tiembla mi enojo y mi tajante espada.

ELVIRA. *(Con gran temor, conteniéndole.)*

¡Cielos! ¡Qué horror! ¡Lanuza!

VARGAS. ¿Y qué dominio
tienes sobre mi hija?... ¿Y tú te jactas
de virtud y de honor?

LANUZA. *(Abatido.)* ¡Elvira mía!

¿Mi amor olvidas? ¿Huyes de este alcázar
para siempre...?

ELVIRA. Mi padre...

LANUZA. ¡Oh cruda suerte!

Por piedad, por piedad, Alfonso Vargas,
no me arranquéis...

ESCENA VII

VARGAS, ELVIRA, LANUZA y LARA, con algunos del pueblo, que habrán oído los últimos versos

LARA. Lanuza, el pueblo airado

en altas voces sublevado clama
porque al punto el caudillo castellano
torne a su campo. De su ciega rabia
temo que del seguro el fuero rompa,
y acaso...

LANUZA. Cesa; tu sospecha es vana;
jamás un pueblo libre así atropella
la fe del pacto, Don Alfonso Vargas,
salid de Zaragoza en el momento.
Yo os acompañaré.

VARGAS. No me acobarda
de la plebe el furor... Pero mi Elvira...

LARA. Segura queda aquí, podéis dejarla.
Vos marchad al instante. ¡Padre mío!

ELVIRA. *(Abrazando a Vargas.)*
¡Oh discordia fatal!... ¡Oh guerra infausta!

Acto IV

ESCENA PRIMERA

LARA y VELASCO. Soldados aragoneses con banderas, pueblo, artillería, etc.

VELASCO. *(A un lado del teatro y recatándose de la multitud.)*
Nuestro el triunfo será, ya nada temo;

las torres avanzadas y las puertas
guarnecidas están cual nos conviene,
y lo veréis en la ocasión primera.
De Teruel y Albarracín las tropas
al punto obedecieron la orden vuestra.
Y ya están detenidas las escuadras
que se alistaron en Barbastro y Huesca.

LARA. ¿Y dónde están nuestros amigos?

VELASCO. Todos
del muro y la ciudad partes diversas
ocupan con recato; en esta plaza
muchos están cual veis, y están alerta.

LARA. ¿Acompañaste a Vargas?

VELASCO. Hasta el punto
do avanzadas se ven sus centinelas
escoltándole fui.

LARA. Velasco, basta,
que aquí ese joven altanero llega.

ESCENA II

Los mismos; PUEBLO y LANUZA

Los soldados se ordenan y el pueblo se acomoda al fondo, y todos, a la escena

PUEBLO. ¡Viva la libertad!

LANUZA. ¡Amigos, viva,
y los tiranos y traidores mueran!

¡Oh pueblo aragonés, siempre glorioso!
El ansiado momento ya se acerca
en que al mundo valientes demostramos
que es libre un pueblo cuando serio anhela.
Del déspota las huestes orgullosas
cobardes ya nos miran y respetan;
compónense de siervos degradados,
y almas esclavas el valor no albergan.
Ved cuál su insana furia se ha entibiado
sólo con avistar estas almenas;
vedlos capitular, y temerosos
dilatar el combate, pedir tregua...

PUEBLO.

¡No haya treguas!... ¡La lid!

LANUZA.

¡Oh noble grito,
de victoria feliz segura prenda!
Mas contener debemos, ciudadanos,
el santo ardor que hierve en nuestras venas.
Si desechemos del contrario jefe,
con justísimo enojo, las propuestas,
hasta el próximo sol le concedimos
las armas suspender. Y nunca sea
por un pueblo valiente y generoso,
que las virtudes y el honor profesa,
rota la fe de un pacto. Los que lidian

por la justicia y la razón, cubrieran,
si la justicia y la razón hollaran,
sus claros nombres de baldón y afrenta.
Los enemigos dilatar quisieron
el plazo de la lid; la gloria es nuestra.
No tememos que aumenten sus escuadras;
la dilación disminuirá sus fuerzas;
pues si al primer momento no han osado
acometer nuestras ferradas puertas,
aún menos lo osarán mientras más piensen
lo deshonroso de su inicua empresa.
También, aunque nosotros ya miramos
seguro el triunfo, la victoria cierta.
no debemos privar de los laureles
a las valientes tropas que se acercan
de las ciudades. Llegan, pues, y todos
parte en la lid y en la venganza tengan.

ESCENA III

Los mismos y HEREDIA

HEREDIA. ¿Quién en la fe de los tiranos fía?

¡Oh maldad! ¡Oh traición!

LARA. ¿Qué ocurre, Heredia?

HEREDIA. Del arrabal en la almenada torre

ya el pabellón del rey Felipe ondea.

LANUZA.

¡Amigo!... ¿Cómo? Dime...

HEREDIA.

En el momento

que el jefe castellano a sus banderas

tornó desde estos muros, con recato

alguna parte de su gente ordena,

y mudo el atambor, las tropas mudas

y en gran silencio y sin temor se acerca

por aquel lado al elevado muro,

donde ninguna oposición encuentra.

Allí el virrey estaba, allí el prelado,

y con vil oro y seducción y ofertas

la multitud comprada ya tenían,

y el adarve y las armas todos dejan

al acercarse el castellano. Algunos

gritan: «¡Traición!», y pónense en defensa;

pero pocos, sin plan y divididos,

sólo la muerte o el desprecio encuentran,

y álzanse los rastrillos, y en los brazos

reciben los traidores, ¡vil afrenta!,

al bárbaro enemigo, que orgulloso

ocupa el arrabal todo, y se ceba

en sangre, en muerte, en latrocinio infame.

Mas ya por la ciudad cunde esta nueva,

y coronan el muro los valientes:

las escuadras del rey también se aprestan,

y todo es confusión.

LANUZA.

¡Atroz perfidia!

LARA.

¿Y cómo pudo ser...?

PUEBLO.

¡Venganza y guerra!

LANUZA.

¡Guerra y venganza, sí, guerra y venganza!

¡Sangre, sangre tendrán, pues sangre anhelan!

Vamos a combatir; el alto muro

guárdase con ardor, ilustre Heredia;

a ti te encargo a Zaragoza, Lara,

en este sitio un escuadrón reserva

pronto para lidiar donde el peligro

exija concurrir con nuevas fuerzas.

(A uno de los pelotones de tropa.)

Y vosotros, venid, seguidme osados,

que salir quiero de los muros fuera,

y en campo abierto nuestro noble brío

patentizar al orbe en la pelea,

y aterrar esas huestes ominosas

que no osan combatir en noble guerra,

y vengar el engaño, la perfidia

con que abusaron de la pura, excelsa

virtud de un pueblo libre. Mas primero

(Tomando una bandera con las armas de Aragón.)

jurad por el honor que arde y alienta
en vuestros pechos, por la cara patria,
que su salud de nuestro esfuerzo espera:
o vencer o morir.

SOLDADOS. *(Los que siguen a Lanuza.)* Sí, lo juramos.

O vencer o morir.

LANUZA. ¡Oh Dios, que velas
sobre los buenos! Oye nuestros votos.
Protege, bondadoso, nuestra empresa,
y que al hundirse el sol en el ocaso
libre por siempre a Zaragoza vea.

(Sale Lanuza por un lado con el pelotón que eligió, y le sigue algún pueblo, y Heredia se va por otro lado con algunos otros y Velasco.)

ESCENA IV

LARA, SOLDADOS y PUEBLO

LARA. *(Dice los cuatro primeros versos como hablando con los que acaban de salir.)*

Andad, andad..., ¡oh mísero Destino!
¡Vuestro noble valor qué recompensa
horrible va a tener! Sí; ese altanero
joven voluble al precipicio os lleva.
Y vosotros, venid, desventurados;
aquí reuníos por la vez postrera,

ya que queréis ser víctimas incautas
de una astuta traición, de una perversa
trama que no alcanzáis. ¡Oh patria mía,
digna de mejor suerte!... ¿Qué te espera
después de tantos años de altas glorias?
Sólo torpe baldón, infamia eterna.
¡Infelices!... ¡Qué horror! No quiera el Cielo
que yo coopere a la desgracia vuestra...
¿Por qué la muerte perdonó mis días,
cuando con fama y con honor muriera,
y para presenciar tanto infortunio
me conservó la mísera existencia?

ALGUNOS DEL PUEBLO. ¿Dudas del triunfo tú?

LARA.

¡Desventurados!
¿Quién es tan ciego que victoria espera?
¿Quién la debe esperar? Aragoneses,
¿no veis la horrible sima que está abierta
bajo de vuestros pies?... Abrid los ojos;
veréis cuán vana es toda resistencia
contra el poder del triunfador Felipe,
del bravo Vargas, de sus huestes fieras.
¿Qué recursos tenemos? ¿Con qué auxilios
contamos para hacer una defensa
que os salve del rigor de un fiero asalto?

¿De Albarracín, de Terüel y Huesca
confiáis, acaso, en las supuestas tropas
con que os animan y que nunca llegan?
Lanuzá, joven en su ardor primero,
se envaneció sin consultar sus fuerzas
al ocupar el elevado cargo
de justicia mayor, que no debiera
confiarse jamás ligeramente
a un mancebo sin canas ni experiencia.
El de Aragón comprometió el sosiego,
hizo odiosa la causa noble y buena
que defender quisimos, y abusando
del nombre de la patria, horrible guerra
atrajo a Zaragoza, convirtiendo
en rebelión al rey lo que defensa
debiera ser de nuestras leyes sólo.
¿Qué persona, por dicha, veis de cuenta
sus pendones seguir?... ¿Los magistrados,
sacerdotes, prelados y nobleza
los siguen, por ventura? ¡Y la ignorancia
apellida traición a la prudencia
de aquellos que evitar sólo pretenden
los funestos horrores que nos cercan!
Volved atrás los ojos, ciudadanos;

recordad el origen de esta guerra,
y veréis que es salvar la infame vida
de Pérez, de un traidor, que es de la Iglesia,
del Trono y del Altar vil enemigo.
¿Y hemos de perecer en su defensa?

ALGUNOS DEL PUEBLO. Por nuestra libertad, por nuestras leyes...

LARA. Escuchad, escuchad., ¿Pensáis que intenta
robáros las el rey? ¿Pensáis, por dicha,
que a intentarlo pudierais defenderlas?...

PUEBLO. ¡Lanuza!...

LARA. ¿Aun ciegos te aclamáis? ¡Lanuza!...
Toda vuestra esperanza tenéis puesta
en Lanuza... No debo, no, ocultaros
la alevosa maldad..., la trama horrenda...
Estáis todos vendidos. Sí, vendidos...

PUEBLO. ¡Vendidos!

LARA. ¿No lo veis, oh gente ciega!...

PUEBLO. ¿Y quién es el traidor?

LARA. ¡Temblad, cuitados!
Lanuza es el que os vende y os entrega
al justísimo enojo de un monarca
poderoso, ofendido; él solo...

ALGUNOS DEL PUEBLO. Es negra
calumnia.

LARA.

Sosegaos, ¡oh compatriotas!

y no paguéis mi amor con tal ofensa.

Escuchadme y temblad. Y mis palabras

desharán pronto la confianza necia

que en un engañador tenéis cifrada,

y que al desastre y perdición os lleva.

OTROS DEL PUEBLO.

Escuchémosle, pues.

LARA.

Sí, aragoneses;

atentos escuchad, que os interesa.

Lanuza, si un momento pensó, altivo,

defender a Aragón, ya no lo piensa.

Su pecho, que juzgabais duro bronce,

se ha convertido pronto en blanda cera.

Y dio a la seducción grata acogida,

de una débil pasión infame presa.

Sabéis que adora a la gallarda Elvira,

que en su palacio sin rubor se alberga;

pues sabed que esa joven es la hija

del caudillo sagaz que nos asedia.

Ahora patente miraréis la causa

de concederle entrar, de darle treguas,

de no impedir que el arrabal ocupe,

de retardar el paso a las banderas

que alzaron las ciudades comarcanas;

Y de una vez oídlo, ¡oh trama horrenda!
Aunque visteis que habló con el caudillo
manifestando arrojo y fortaleza,
en seguida con él y con la hija
una entrevista celebró secreta,
y yo le sorprendí, y otros conmigo
y que aquí mismo están.

ALGUNOS DEL PUEBLO. *(Estos serán los mismos que salieron con Lara en la última escena del acto anterior.)*

Amigos, ciertas
son sus palabras.

LARA. ¿Qué esperáis ahora?

PUEBLO. ¡Es Lanuza traidor!

LARA. ¿Y duda os queda?

¿No escuchasteis ha poco sus acentos,
Y cuál se opuso a quebrantar la tregua,
como vos pretendisteis, disfrazando
con capa de virtud y de nobleza
sus pérfidos intentos?... ¿No habéis visto
cómo ha salido de los muros fuera?
¿Pensáis que va a lidiar, a hallar la muerte...?
¡Sólo ponerse en cobro es lo que intenta
y dejaros expuestos a la furia
y a los estragos de la horrible guerra.
Ya su dama tal vez está en seguro;

también Pérez huyó...; todos nos dejan,
del temor del monarca, de la furia
de una tropa feroz mísera presa.

PUEBLO. ¡Qué horror!... Lara, ¿qué haremos?...

LARA. ¿Qué...? Ahora mismo
abatir el pendón, abrir las puertas
al vencedor altivo humilde ruego
rendidos dirigir. Dar la obediencia
nuevamente al virrey y al arzobispo.
Podrá entonces el clero y la nobleza
contener el furor de los soldados,
el perdón impetrar y la clemencia
del gran Filipo, y Zaragoza salva
y Aragón salvo de este modo sean.

UNOS DEL PUEBLO. No corramos al muro.

OTROS. Zaragoza
ríndase al vencedor.

ESCENA V

Los mismos; HEREDIA

HEREDIA. ¿Qué voz funesta
hiere mi corazón, zaragozanos,
y toda la ciudad confusa atruena?

ALGUNOS DEL PUEBLO. ¿A qué lidiar? Las armas arrojemos;
rindámonos al rey.

HEREDIA.

¡Cielos!... ¿Qué aciertan
a pronunciar vuestros infames labios?
¿Imagináis que un rey perdona ofensas?
¿Queréis vos mismos presentar el cuello
al dogal del verdugo, entre cadenas
ver los hijos, violadas las esposas,
en llamas la ciudad, casas y haciendas
botín de forajidos, vuestra fama
en negro deshonor por siempre envuelta?
Ya no hay perdón. No le hay para nosotros,
por más que los traidores nos le ofrezcan.
Sólo esperar nuestra salud nos cumple
de una firme y constante resistencia.

ALGUNOS DEL PUEBLO.

Lanuza es quien nos vende.

HEREDIA.

Ciudadanos,
¡qué horror!... ¿Tal proferís? Esas sospechas
de la misma virtud y patriotismo,
¿quién es el alevoso que las siembra?
¡Lara, pérfido Lara!

LARA.

No me ultrajes;
el pueblo teme, y con razón recela,
de ese inconstante joven. Le hemos visto,
con Vargas en oculta conferencia,
de su hija es amante... Su denuedo

ha vacilado; consintió en la tregua.

HEREDIA. Basta, basta, traidor; ya te comprendo.

LARA. ¿Te atreves...?

HEREDIA. Por piedad no te atraviesa
el pecho vil, perjuro y delincuente,
el vengador acero que en mi diestra
arde para pavor de los traidores.
No le fulmino en ti, porque cubriera
su lustre de baldón tu impura sangre,
y mi cólera justa te desprecia.
Ciudadanos, seguidme al alto muro:
la lid y la victoria nos esperan.
¡Venid!

ALGUNOS DEL PUEBLO. Lanuza huyó.

HEREDIA. Cuando afanoso
vengo a que toméis parte en sus excelsas
hazañas, le insultáis... Él, denodado,
en ese campo con ardor pelea,
y las contrarias huestes, destrozadas
huyen despavoridas y deshechas
a su ilustre valor y noble brío,
que todo lo destroza y atropella,
y por su bizarría queda libre
Zaragoza ahora mismo... ¿Y hay en ella

quien mancillar pretende su heroísmo?...

¿Y prestáis atención a tan perversas
sugestiones? Venid, tengamos parte
en la victoria. ¿No escucháis cuál trueno,
en las murallas el preñado bronce,
el triunfo asegurando? No se pierda
tan feliz ocasión...

ESCENA VI

Los mismos y VELASCO

VELASCO.

En vano, amigos,
es ya oponer inútil resistencia;
por doquier la victoria se declara
en favor, de Castilla.

HEREDIA.

¡Horrible nueva,
Velasco!

VELASCO.

Hace un momento que Lanuza
arrollaba esforzado las banderas
del rey en la llanura. Mas de pronto,
envuelto se encontró por dobles fuerzas,
y cargado y deshecho se retira
a buscar en los muros su defensa;
mas al verle desmayan las escuadras
que ocupan temerosas las almenas.
Por toda Zaragoza el miedo cunde,

y gritos lastimosos doquier suenan;
y al paso que se aumentan las legiones
del rey cubriendo las cercanas vegas,
el horrendo cañón por todos lados
el muro rompe y la ciudad asuela.
Un espantoso asalto nos aguarda,
y ya no hay salvación.

HEREDIA.

¡Suerte tremenda!

LARA.

Lo veis, lo veis.

PUEBLO.

¡Huyamos!...

HEREDIA.

¿Qué es la fuga,
o por dónde pensáis el emprenderla?
Muramos con honor...; aun nuestro arrojo
y desesperación tal vez pudieran
arrebatar el lauro y la victoria
al odioso enemigo; y si obtenerla
no pueden nuestros últimos esfuerzos,
el que valiente fuera, al campo venga,
y sígame a cumplir su juramento
y a morir como bueno en la pelea.

Acto V

Salón de la casa de Lanuza

ESCENA PRIMERA

ELVIRA, sola

ELVIRA. ¡Qué lúgubre quietud, aun más horrenda
que del combate el espantoso estruendo
para mi corazón!... ¿Vive Lanuza?...
¿Vive mi padre? De indagarlo tiemblo.
¡Ay! ¿A cuál de los dos verán mis ojos,
tinto en sangre del otro el duro acero?
¿Ambos existirán?... ¡Plegue a la suerte!
Mas, ¡ay mísera yo!, ¿qué es lo que espero,
si para mí, infeliz, ya no hay más dichas,
ni calma ni quietud para mi pecho?
Vencido o vencedor en esta lucha,
o el padre quede o el amante... ¡Cielos!
Llorar y aborrecer es mi destino
y desesperación y luto eterno.
¿Mas quién se acerca?... ¿Quién por este lado

se atreve a penetrar?... ¡Heredia!... ¿Es cierto?

ESCENA II

ELVIRA y HEREDIA

HEREDIA. Cayó Aragón, Elvira; los cobardes,
aun antes de lidiar, viles, huyeron;
los esforzados, a la atroz cuchilla
del vencedor audaz rinden el cuello,
y triunfan orgullosos los traidores.
Ya no hay patria ni honor... ¡Ah!...Y yo no encuentro
honrada muerte!... En vano la he buscado
en la común ruina. Combatiendo,
la horrible confusión por estas calles
me arrastró de la lid, cuando me encuentro,
rota la espada que arrancó cien vidas,
en el jardín de este palacio. Y vengo
a buscar a Lanuza, y a su lado,
como noble, a morir.

ELVIRA. ¡Oh Dios eterno!
¿No habéis visto a Lanuza...? ¡Heredia! ¡Amigo!
Decidme: ¿por ventura esperáis verlo
en este sitio..., o esperáis...?

HEREDIA.

Elvira,

tener noticias de él esperé al menos.

Yo el adarve ocupaba con los viles

que debieran morir o defenderlo,

cuando salió Lanuza denodado

a trabar el combate en campo abierto;

y al frente de los bravos escuadrones

le vi blandir el refulgente acero,

y sembrar el espanto y exterminio

en las haces contrarias, cuando el eco

de atroz conjuración, que reventaba

por toda la ciudad, pasmado advierto.

Corro a la plaza, animo a los leales,

al mirarme se aterran los perversos,

un momento no más, y cuando al muro

la muerte ansiando apresurado vuelvo,

ya no distingo amigos ni enemigos,

y no a Lanuza ni a los suyos veo,

sino matanza, confusión, estrago.

La espada empuño con feroz despecho,

y no conozco contra quién la esgrimo,

ni quién se me resiste, ni a quién hiero,

hasta llegar aquí... ¡Dios! ¡Cruda suerte!

¿Por qué no he perecido entre los buenos?

¿Y vos no sabéis nada...? Que ha cesado
el combate demuestra este silencio
pavoroso, terrible... ¿Y de Lanuza
noticia no tenéis?

ELVIRA.

En el momento
que en las vecinas calles de las armas
escuché, pavorosa, el ronco estruendo,
de este palacio a la alta galería
que da a esa plaza me asomé, y, tendiendo
la ansiosa vista, muerte y exterminio,
y humo y ruina, y espantoso fuego
y polvo y confusión, miré doquiera.
Mas distinguir apenas los objetos
pudo mi turbación, cuando de pronto
cesó el rumor y el humo, y sólo veo
cadáveres horribles, negra sangre,
y la plaza llenarse de guerreros
castellanos en orden, que gritaban:
«¡Victorial ¡Viva el rey! ¡El triunfo es nuestro!»
Aterrada y exánime, los ojos
a todos lados, trémula, revuelvo,
y ni entre los montones de difuntos,
ni entre las huestes, a Lanuza advierto,
cuando de pronto miro a los soldados

de la ancha plaza levantar en medio
un cadalso...

HEREDIA. ¡Qué horror!

ELVIRA. Y estremécime,
y de horrible pavor y espanto lleno
mi infeliz corazón, despavorida,
del alto corredor huyo, y desciendo
a este lugar...

HEREDIA. ¡Gran Dios!... ¡Desventurada!
¿Un cadalso?... ¡Qué horror! ¡Ah! No, no ha muerto
Lanuzá en el combate... ¡A Dios pluguiera
muriese en él!

ELVIRA. Al escucharos tiemblo...
Mas ¿qué rumor...?

HEREDIA. El vencedor altivo;
vuestro padre, señora.

ELVIRA. ¡Oh, cuánto temo
su vista! Y vos, huid, huid, amigo;
salvaos, por piedad.

HEREDIA. ¿Qué estáis diciendo?
Morir es un deber; huya el que estime
en más la vida que el honor. No quiero
vivir para mirar mi patria amada
opresa, esclava entre afrentosos hierros.

(Se lo llevan los guardias.)

ESCENA III

HEREDIA, ELVIRA, VARGAS, LARA, VELASCO y SOLDADOS CASTELLANOS

VARGAS. Que la vecina plaza en torno ocupen
 las tropas y cañones, sin que al pueblo
 se deje penetrar en su recinto.
 Que en alcance de Pérez salgan luego
 seis veloces caballos escogidos;
 en la vecina cárcel por momento
 la vigilancia aumentese, y a ella
 sean conducidos de cadenas llenos,
 como Lanuza, sus parciales todos.

HEREDIA. Vedme; aquí me tenéis; contadme en ellos,

VARGAS. ¿Y qué hacéis vos aquí?

HEREDIA. ¿Qué...? Aborrecerte,
 y mi tajante espada echar de menos;
 que a tenerla en la cinta, ya estuviera
 teñida en sangre vil de esos perversos,
 y en la tuya también.

VARGAS. ¡Traidor!

HEREDIA. ¿Me insultas?

cuando me ves sin armas?

VARGAS. Y tu necio

orgullo, ¿qué pretende?

HEREDIA. Morir sólo;

con Lanuza morir sólo pretendo;

ansío la muerte.

VARGAS. La tendrás al punto;

a la vecina cárcel vaya preso,

y al lado de Lanuza su altiveza

yazca abrumada de pesados hierros.

ESCENA IV

ELVIRA y VARGAS

VARGAS. Hija, llega a mis brazos.

ELVIRA. ¡Padre! ¡Padre!

VARGAS. Tu parabién por mi victoria espero.

ELVIRA. Tened piedad de vuestra triste Elvira;
no desgarréis su acongojado pecho.

VARGAS. Hija, modera tu aflicción; triunfantes
del rey, nuestro señor, las armas vemos,
y es un delito en tan glorioso día
ostentar desplacer y sentimiento.

ELVIRA. ¿Y podéis exigir, ¡ay!, que renuncie
mi triste corazón a los afectos
de sensibilidad y de ternura

que le inspirasteis en mis años tiernos?

Manchado os miro en inocente sangre

debelador de un miserable pueblo;

maldito, odiado...

VARGAS. Cesa; disculparte

puede de tu dolor sólo el Excelso;

el que a los reyes sirve, debe...

ELVIRA. ¡Oh padre!

Debe de ser cruel, ya lo estoy viendo,

y sordo a la amistad, y a la ternura,

insensible...

VARGAS. Modera tu ardimiento;

en mí respeta a un padre... que amoroso

perdona tu imprudente desconcierto.

Elvira, torna a tu inocente calma,

y tranquilice la razón tu pecho.

Considera las altas distinciones,

el favor, la riqueza con que espero

recompensado ser. Todo, hija mía...

ELVIRA. ¿Qué pronunciáis, señor? Yo lo desprecio

todo. ¡Qué horror!... Sí, todo. Padre, padre,

¿hablarme osáis de un galardón funesto?

Sólo quiero la muerte o mi Lanuza.

VARGAS. ¿Y aun le nombras?

ELVIRA. ¿Y debe sorprenderos
que mi labio le nombre, si le adora
mi corazón amante y lo contemplo
como un deber?...

VARGAS. ¡Oh Dios!

ELVIRA. Sin él, la muerte,
la muerte os pido... Recordad, os ruego,
que vos para mi esposo le elegisteis;
recordad que inspirasteis en mi pecho
esta pasión, por vos funesta ahora,
y que va a hundirme en el descanso eterno
¡Oh padre!... ¿No tembláis? Ved vuestra hija
vuestras plantas regar con llanto acerbo.
¡Ah!... Volvedme mi bien, o dadme muerte;
arrancadme esta vida que aborrezco...
Compadeced mi suerte.

VARGAS. ¡Hija! ¡Hija mía!
Mi esperanza y dulcísimo consuelo,
ven a mis brazos, ven.

ELVIRA. ¡Oh padre mío!
¿Hallaré en vos piedad de mis tormentos?
¡Ah! Sí, siempre me amasteis. Y mis penas
en vuestro tierno amor tendrán remedio.
Volvedme a mi Lanuza.

VARGAS. ¡Hija adorada!

ELVIRA. Recordad el cariño dulce y tierno
con que la educación que os ha debido
siempre os pagó, la gratitud modelo.
Recordad la amistad, la amistad pura
que con su honrado padre tanto tiempo
os estrechó, señor, y no en olvido
dejéis que designado por vos mismo
para mi esposo fue. Ni la ternura,
el afán cariñoso y el desvelo
que desde mi venida a este palacio
a su madre infeliz yo, triste, debo.
Recordad sus virtudes.

VARGAS. ¿Por qué altivo
contra su rey...?

ELVIRA. Un joven inexperto,
Zaragoza..., Aragón..., España toda...

VARGAS. Sabes cuánto le amé... Mas yo no encuentro...

ELVIRA. ¡Sí! Recordad que mi adorada madre,
en el fatal tristísimo momento
en que la muerte atroz nos la robaba,
al darme el dulce abrazo postrimero,
con labio balbuciente: «Esposo, os dijo,
a la tumba conmigo el placer llevo

de saber que mi Elvira y su Lanuza

serán de tu vejez dulce consuelo.»

Padre, padre, cumplid...

VARGAS. Cesa, hija mía;

voy a hacer por tu amor cuanto hacer puedo.

¡Hola, Rodrigo! A este lugar conduce

(Entra un soldado castellano.)

a don Juan de Lanuza en el momento.

ELVIRA. Ahora a mi amado padre en vos conozco;

vos mi esperanza sois... ¡Oh, cuánto os debo!

VARGAS. No tan pronto, mi Elvira, a la esperanza

entrada des en tu angustiado pecho;

tal vez tu amante mismo, ¡ay hija mía!,

hará inútiles todos mis esfuerzos

por salvarle.

ELVIRA. Si en vos consiste sólo,

¿quién podrá contrariar vuestro deseo?

VARGAS Sus virtudes.

ELVIRA. ¡Señor! ¿Qué...? ¡Sus virtudes!

VARGAS. Suele ser la virtud un don funesto;

tal es del mundo el mísero destino.

Tú sola acaso puedes, con tus ruegos,

persuadirle a ceder. Pues si persiste,

rebelde y contumaz, nada hacer puedo;

mi obligación primera es, hija mía,
cumplir, de un rey airado los preceptos.

ELVIRA. Allí viene... ¡h dolor! Ved vuestro amigo;
miradle entre cadenas.

VARGAS. ¡Dios eterno!
¡Cuál me turbo al mirarle!

ESCENA V

ELVIRA, VARGAS y LANUZA, con cadenas; SOLDADOS CASTELLANOS

ELVIRA. *(Abrazándolo.)* ¡Oh mi Lanuza!

LANUZA. ¡Elvira!... ¡Oh Dios! Contén, yo te lo ruego,
contén el llanto que ablandar pudiera
un corazón de redoblado acero.
No enerves con tus lágrimas, el mío,
mansión de la constancia y del esfuerzo.

ELVIRA. ¡Lanuza! ¡Oh Dios!

LANUZA. ¡Cuánto anhelaba verte!
¡Ya recibí tu abrazo postrimero!
Tranquilo moriré.

ELVIRA. ¡Ah! ¿Qué pronuncias?
¡De horror me pasmo! ¡De terror me hielo!

LANUZA. *(A Vargas.)* Y vos, ¿qué me queréis? Ya en esa plaza
he visto el sitio infame que yo debo
con mi sangre ilustrar. A él me conduce;
de morir por mi patria estoy sediento.

Sáciese del tirano la venganza,
y despierte tal vez la de los Cielos.

¿Por qué tardáis?

VARGAS. *(Hace señas a los soldados, y se retiran.)*

Lanuza, ¿has olvidado
mi amistad, mi cariño, el dulce tiempo...?

LANUZA. Sí, todo lo olvidé; sólo a mi patria
opresa, esclava, entre cadenas veo.
Y si vuestra amistad, y si los nudos
que nuestras casas enlazar debieron
no quise recordar, como advertiste
esta mañana, en este sitio mismo,
cuando muy superior a vos me vía,
cuando os juzgaba honrado caballero,
ahora que estoy cargado de cadenas,
y que a mi vencedor en vos contemplo,
y que os he visto, pérfido y aleve,
ministro al fin de un déspota soberbio,
los pactos infringir, de las virtudes
fiero abusar de un inocente pueblo,
y sordo a la razón y a la justicia
viles tramas urdir para vencerlo,
¿me juzgáis tan indigno de mi nombre

que de vuestra amistad tenga recuerdos
y que apele a unos vínculos ya rotos
para endulzar mi suerte y conmoveiros?
¡Desgraciado opresor!

VARGAS. ¡Hijo!... ¡Lanuzá!

Compadece a tu amigo el más sincero,
y no le insultes. De tu anciano padre
la íntima unión conmigo acuerda al menos.
Y si esto no bastase, que tu Elvira,
que esa inocente, es hija mía.

LANUZA. ¡Oh Cielos!...

Cesad, cesad, señor; vuestras palabras
derraman un mortífero veneno
sobre mi corazón. Alfonso Vargas,
respetad la virtud.

ELVIRA. ¿Y esperar puedo
que mi constante amor y mi ternura
y mis amargas lágrimas y ruegos
logren de ti esta vez...?

LANUZA. Elvira, Elvira;
tu amor, tu dulce amor es el consuelo
de mi alma toda. Y a la tumba helada
llevo el grato placer de merecerlo.

ELVIRA. ¡A la tumba! ¡Cruel! Y qué, ¿bastante

mi amor no podrá serte por lo menos
a hacerle la existencia amable y grata
y a querer conservarla? ¡Ah! Si mis ruegos...

LANUZA. Si conservar la vida yo intentase
por tu amor, fuera indigno de obtenerlo.
Si coronar pretendes mi ternura,
si pagar fina de mi amor el fuego,
debilitar mi decisión no intentes.
Respetar la constancia y el denuedo
con que manifestar al orbe todo
sin duda hoy mismo como noble debo,
que los que lidian por la madre patria
y por la libertad, aunque su esfuerzo
el Destino contraste, nunca deben
transigir con los déspotas, muriendo
antes que sucumbir...

ELVIRA. ¡Basta, Lanuza!
Padre..., ¿lo oís? ¡Oh Dios!

VARGAS. *(Para sí.)* ¡Cuál me avergüenzo
de escuchar sus palabras!

ELVIRA. ¡Cruel estrella!
¿Conque anheláis la muerte...?

LANUZA. Sí, la anhelo.

VARGAS. Y yo salvar tu vida, cual merece
tu virtud eminente, sí, lo quiero.

LANUZA. ¿Queréis mi vida conservar...?

VARGAS. ¡Lo juro,
lo juro, hijo adorado, por el Cielo,
por los días preciosos de esta hija
que a ser tu esposa destinó mi afecto!
¡Lo juro...!

LANUZA. Basta; retiraos al punto
de esta infeliz ciudad; vuelvan los tercios
del rey Felipe a tierra de Castilla;
quede libre Aragón, y los perversos
traidores que os han dado la victoria
a mi enojo entregad, y al punto acepto
la vida que me dais.

VARGAS. Joven Lanuza,
¿estáis en vos?... Pensad.

LANUZA. Ya nada pienso:
o hacer lo que os propongo, o al cadalso
llevadme sin tardar.

ELVIRA. ¡Oh Dios eterno!
Escuchad de mi padre las palabras
si me amáis: escuchadle, yo os lo ruego.

LANUZA. *(A Vargas.)* Decid, pues.

VARGAS. ¡Oh Lanuza! No desprecies
mi paternal cariño y el deseo
que de salvar tu inapreciable vida
y de enlazarte con mi Elvira tengo.
Calla, no me interrumpas, y un instante
el juvenil arrojó de tu pecho
calma, y escucha, advierte lo imposible
de poder acceder yo a tus deseos.
Examina, examina tus propuestas,
y lo conocerás. Otro sendero
más fácil y expedito de salvarte,
si adoras a mi Elvira, te presento.

LANUZA. ¡Dios bondadoso!... ¡Elvira idolatrada!

VARGAS. Tu virtud, tu valor, tu ilustre celo
no pueden ya empañarse. Si la suerte
tan noble decisión miró con ceño,
no es culpa tuya, no. Tú combatiste,
tú resististe con heroico esfuerzo,
tú has defendido con ardor tu patria,
tú has sido abandonado por el pueblo.
¿Te resta algo que hacer? Todo lo hiciste.
Pues ya de la prudencia los consejos
debes seguir, y la prudencia manda
la vida conservar para otro tiempo.

Con tu muerte Aragón nada consigue,
y sólo va a servir de horrible ejemplo.
Conserva pues, tus días, que lograrlo
puedes sin mancillar tu nombre egregio
del cargo de justicia, que ejercías
por voluntad de un sublevado pueblo;
haz la renuncia en mí, y orden circula
a todas las ciudades de este reino
de hacer pleito homenaje al rey Felipe,
renunciando las leyes y los fueros
que ya estaban hundidas y olvidados
y que ahora por la fuerza los perdieron;
y salvaré tu vida, y del monarca
el perdón...

LANUZA. ¡El perdón!

ELVIRA. Sí...

LANUZA. Ya más tiempo

no me es dado sufrir vuestra osadía.

¡Perdón! ¿Y habláis conmigo? ¡Oh vilipendio!

¿En insultarme os complacéis, malvado?

VARGAS. ¡Lanuz!

LANUZA. ¡Monstruo!

ELVIRA. ¡Oh Dios! De verle tiemblo.

¡Padre!

VARGAS. Cierta es su muerte, sí, hija mía.

ELVIRA. ¡Qué horror!... ¡Ay!

VARGAS. Evitarla ya no puedo.

LANUZA. ¿Pretendéis que autorice del tirano
la vil usurpación?... ¿Queréis que el velo
de una inicua renuncia ante los ojos
del mundo cubra la opresión de un reino
y la autorice? Ved, ved cuál vos mismo
sentís un interior remordimiento
que procuráis calmar, mi honor manchando
y haciéndome a la par cómplice vuestro.

VARGAS. Ved que al punto la muerte...

LANUZA. ¡Oh dulce muerte!
Conserve yo mi honor, y venga luego.
Impaciente la aguardo.

ESCENA VI

Los mismos y VELASCO

VELASCO. Ínclito Vargas,
¿a qué esperáis? Sus rayos postrimeros
hunde el sol en ocaso. En Zaragoza
se advierte conmoción. Si algún ejemplo
de castigo y terror no la escarmienta,
nuevos desastres esta noche temo;
apresurad, señor...

VARGAS. ¡Ya no es posible!

El mandato del rey cúmplase luego.

LANUZA. Sí, llevadme al cadalso. ¡Noble muerte
que va a poner a mi constancia el sello!

(A Velasco.)

Y tú, traidor, dirásle de mi parte,
si osas nombrarme, al infelice pueblo,
que, pues para morir como Numancia,
como hombres libres les faltó el esfuerzo,
no acrecienten sus males por ahora
y para otra ocasión guarden su aliento,
pues al fin la virtud triunfará un día
y no serán los déspotas eternos.

VARGAS. ¡Guardias!

(Entran soldados castellanos.)

ELVIRA. ¡Oh Dios! ¡Lanuza! ¡Padre mío!

VARGAS. Hija, él lo quiere.

LANUZA. Elvira, sí; lo anhele.

(A los soldados que acaban de entrar.)

Vamos, llevadme, pues, fieros ministros
de la opresión. Llevadme do sereno
mi vida dé a la patria y a los hombres
de decisión y de constancia ejemplo.

(A Vargas.)

Y tú, infeliz fautor del despotismo;
tú, infame y degradado caballero,
¿osas mirarme con tranquila frente,
cuando me ves triunfar entre estos hierros
de Felipe y de ti? Mas no, que tiembles,
y tiembles de pavor y de despecho,
y tu traición con mi lealtad comparas,
y mi virtud veneras en silencio.

Llebadme. ¿Qué tardáis?

VARGAS. Sí, con su muerte
se asegure Aragón.

ELVIRA. ¡Oh Dios eterno!
Padre, ¿qué pronunciáis? ¡Mísera suerte!
¡En un cadalso! ¡En un cadalso!... ¡Cielos!

LANUZA. El cadalso es infame solamente
para el que ante la ley se encuentra reo;
pero cuando venganza de tiranos
el mundo le contempla, es monumento
de gloria, es un altar honroso y santo.

VARGAS. Amigos, ya lo veis; aseguremos
del rey el trono con su muerte. Sea.

LANUZA. ¿Piensas que, al morir yo, todos los buenos
mueren también?... Al punto conducidme,

(A Vargas.)

y tú sal y presencia cómo muero.
Y ve a decirle a tu feroz monarca,
para que tiemble en su dosel soberbio,
que en mí no se concluyen los valientes,
ni va a extinguirse, al dividir mi cuello,
la estirpe generosa de esforzados
que ansían dar la libertad al suelo.
si el fuego del honor que ardió en Padilla
tornó a inflamarse en mi ardoroso seno,
también mi pura sangre derramada
se verá re novada en otros pechos,
que acaso lograrán la insigne empresa
de hacer a España libre. Sí, mis restos,
mis restos gloriosos tal vez pueden
germinar una raza de alto esfuerzo
que humille al ominoso despotismo;
y un día llegará, ya lo preveo,
que venzan la razón y la justicia,
y en que de la maldad triunfen los buenos,
y, rotas las cadenas del oprobio,
goce la libertad el orbe entero.
¡Oh placer! Ya se acerca presuroso
este anhelado y venturoso tiempo.
Y la gloriosa España la primera

dará el grito que salve al Universo.

¡Oh esperanza feliz y deliciosa!

Que cumplida serás, piadoso el Cielo

me lo asegura. Entonces, ¡patria mía!,

recuerda que por ti gozoso he muerto.

VARGAS. Al punto sea.

ELVIRA. *(Cayendo en brazos de Vargas.)*

¡Bárbaro!

VARGAS. ¡Hija mía!

ESCENA ÚLTIMA

VARGAS y ELVIRA

VARGAS. ¡Infelice de mí!... ¡Destino horrendo!

Del que a servir a la opresión se presta,

éste es el galardón, éste es el premio:

ver la heroica virtud en el cadalso,

y a la inocencia hundida en el despecho.

Freeditorial 